

sin más ambición que el ansia
de las cosas que se envidian . . .
No; yo quise conquistarte
como al trigal se conquista;
llegar hasta tí he querido
como al surco la semilla;
como la lluvia, al verano,
cae en la tierra bendita,
y como el sol, por las tardes,
cuando el campo fructifica,
besa con santos fervores
la bendición de la espiga . . .
No quise con artimañas
ganarte. Fresca y sencilla,

la rosa de mis amores
puse en tu pecho . . . Tenía
tanta fragancia, tan pura
coloración, tan altiva
dignidad, que aquella rosa,
por el afán convertida,
se volvió flor de esperanza,
flor de triunfo, que tú misma,
con aquel íntimo arrullo
de tu presencia, oprimías
con tus manos bienhechoras,
para que hoy el alma, en risas
de gloria, te la ofreciera
sobre el altar de la vida . . .

El Padre Félix

por Alfredo de Lheroy

Pensamos que el catolicismo no es responsable de los males que en este libro se atacan.

La castidad mal entendida y el desenfreno sexual conducen a semejantes extremos. Toda desvirtuación de la naturaleza, por defecto o por exceso, es temible, dentro del seminario y fuera de él.

Leamos ahora dos páginas, una del comienzo y otra del fin del libro:

Hacía ya varios meses que la sotana cubría mi cuerpo: mi corazón la desechara, mi mente se aferraba a la idea de que era el traje que más me convenía.

Esa incesante lucha que trabaron mis ideas entre sí me fue debilitando lentamente hasta dejarme postrado: continuos insomnios, falta absoluta de apetito que fue causa de prolongados ayunos y una alarmante tristeza abatieron mi cuerpo y me ví obligado a guardar cama por varios días

Quisiera aquí romper mi pluma y sepultar varias escenas en el más profundo rincón del olvido, pero ¡es imposible!

Convencido como debe estarlo todo el mundo de esa *hipocresía* llamada *congregación religiosa*, que suele ocultar sus torpes acciones con el antifaz de la virtud y que para disimular la palidez y abatimiento del pecado constante muestra un cilicio, me he propuesto quitarle por unos

instantes siquiera ese antifaz y robarle el cilicio de la mano para mostrarla tal cual es, ya que me cupo el infortunio de conocerla en todos sentidos.

¡Oh Virtud! Con razón ponen tu trono en el cielo.

Tú te ostentas sublime, sí, pero en esos lugares excelsos donde jamás llega el aliento infecto de la hipocresía.

Tú ciñes la frente de los convencidos, cuyas acciones van todas selladas con una hoja de laurel.

En la vida de los campos, en su escondido albergue, su color encendido y sus embriagadores perfumes se lee uno de tus símbolos, *la Modestia*.

En un arroyo que cruza fugitivo sobre un lecho cubierto de flores, dulce cantor de los campos, cuyos murmullos parecen las quejas de la ausencia de un cariño, y lágrimas de esperanza soñada las gotas que de sus orillas se desprenden, se alcanza uno de tus atributos, *la Resignación*.

En la solitaria fior de los Andes, que sobre las nieves se eleva con asombrosas galas y que parece encerrar en su corola el espíritu de una virgen, se comprende una de tus glorias, *la Castidad*.

En la palma de los desiertos, que se mece ante las brisas y lucha contra las airadas tempestades, allí estás tú, allí está tu símbolo, *la Fortaleza*.

En los misteriosos reflejos de la luna,